



THÉOPHILE GAUTIER
KONSTANTÍNOS KAVÁFIS



ETERNO VIAJE A ÍTACA
CONSTANTINOPLA



Índice

Nota a la edición	11
Constantinopla	15
<i>Théophile Gautier</i>	
[Con los poemas bizantinos de Kaváfis]	
Índice de ilustraciones	471

Ítaca

Cuando emprendas tu viaje a Ítaca
pide que el camino sea largo,
lleno de aventuras, lleno de experiencias.
No temas a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al colérico Poseidón,
seres tales jamás hallarás en tu camino,
si tu pensar es elevado, si selecta
es la emoción que toca tu espíritu y tu cuerpo.
Ni a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al salvaje Poseidón encontrarás,
si no los llevas dentro de tu alma,
si no los yergue tu alma ante ti.

Pide que el camino sea largo.
Que muchas sean las mañanas de verano
en que llegues —¡con qué placer y alegría!—
a puertos nunca vistos antes.
Detente en los emporios de Fenicia
y hazte con hermosas mercancías,
nácar y coral, ámbar y ébano
y toda suerte de perfumes sensuales,
cuantos más abundantes perfumes sensuales puedas.
Ve a muchas ciudades egipcias
a aprender, a aprender de sus sabios.

Ten siempre a Ítaca en tu mente.
Llegar allí es tu destino.
Mas no apresures nunca el viaje.
Mejor que dure muchos años
y atracar, viejo ya, en la isla,
enriquecido de cuanto ganaste en el camino
sin aguantar a que Ítaca te enriquezca.

Ítaca te brindó tan hermoso viaje.
Sin ella no habrías emprendido el camino.
Pero no tiene ya nada que darte.

Aunque la halles pobre, Ítaca no te ha engañado.
Así, sabio como te has vuelto, con tanta experiencia,
entenderás ya qué significan las Ítacas.

[1911]

Nota a la edición

THÉOPHILE GAUTIER [1811-1872] es autor de una obra muy diversa entre la que destacan sus relatos de los viajes que emprende en 1836 como enviado del diario parisino *La Presse*. En nuestro país es conocido por su *Viaje a España* (1843). En el verano de 1852 realizó una estancia en Constantinopla de más de dos meses, fruto de la cual es el presente texto que ahora se publica íntegramente en español por primera vez, y cuyos capítulos fueron apareciendo en *La Presse* en forma de artículos entre 1852 y 1853, aunque pronto se editaría como libro.

En *Constantinopla* Gautier hace no solo una minuciosa descripción de la ciudad, de sus monumentos y de su animada vida callejera, sino también de sus habitantes y sus costumbres, señalando las diferencias entre la cultura musulmana turca y la cultura occidental. El autor captó con maestría el momento de transición en el que se hallaba la sociedad otomana.

Gautier se muestra como un amante de lo exótico al que preocupa la creciente occidentalización del imperio turco y el influjo de las costumbres europeas. Hay que destacar que su estancia en Constantinopla se produce en un periodo de plenos cambios impulsados por los sultanes Mahmud II y Abdulmayid, el sultán regente cuando Gautier realiza su viaje.

Este volumen contiene, además, el poema «Ítaca» —metáfora universal del viaje— y los poemas bizantinos de Konstantínos Kaváfis.

Bizancio fue un tema recurrente en la obra del gran poeta griego [1863-1933], que consideraba la cultura bizantina como una prolongación histórica del helenismo. Se trata de doce poemas que abarcan cronológicamente un periodo importante de su vida, desde principios del siglo hasta 1927. En ellos deja constancia de las obsesiones más significativas de su poesía: su tormento e introversión personales, la contraposición entre apariencia y realidad, o el erotismo en todas sus manifestaciones y nos presenta una Constantinopla mítica e histórica, referente principal de las culturas mediterráneas.

Las bellísimas fotografías del siglo XIX que incluye este volumen contribuyen a que el lector se haga una idea del misterio y el deslumbramiento de esta ciudad única, a caballo entre Europa y Asia que, como Ítaca, es el destino mítico de todos los viajes.



CONSTANTINOPLA

THÉOPHILE GAUTIER

[Con los poemas bizantinos de Kaváfis]



I
En el mar

Manuel Comneno

El emperador, Señor Manuel Comneno,
un melancólico día de septiembre,
sintió cerca la muerte. Los astrólogos
a sueldo de palacio no cesaban de afirmar
que aún otros muchos años viviría.
Mas, mientras ellos hablaban, él
de viejas costumbres piadosas se acuerda
y dispone que de las celdas de los monjes
hábitos eclesiásticos le traigan,
y de ellos revestido, se goza en mostrar
el aspecto venerable de un sacerdote o un monje.

Dichosos cuantos tienen fe
y, como el emperador Señor Manuel, acaban
venerablemente revestidos de su fe.

[Poema nº 27, 1915]

«QUIEN BEBE, BEBERÁ», asegura el proverbio, aunque podría modificarse la fórmula ligeramente y decir con menos exactitud: «Quien ha viajado, viajará». La sed de ver, igual que la verdadera sed, aumenta en lugar de extinguirse al satisfacerla. Heme aquí en Constantinopla, y ya sueño con El Cairo, con todo Egipto, con España, Italia, África, Inglaterra, Bélgica, Holanda, parte de Alemania, Suiza, las islas griegas, y algunas escalas en la costa de Asia, que visitadas en diversas épocas y varias veces, no hacen sino aumentar este deseo de vagabundeo cosmopolita. El viaje es quizás un elemento peligroso cuando se introduce en la vida, puesto que trastorna profundamente y causa inquietudes semejantes a las de las aves de paso prisioneras en el momento de la migración, si cualquier circunstancia o algún deber os impiden partir. Se sabe que el viajero estará expuesto a fatigas, privaciones, molestias, incluso peligros; que costará abandonar las queridas costumbres de espíritu y de corazón, dejar a la familia, a los amigos, a los parientes, en aras de lo desconocido, y no obstante, uno siente que es imposible quedarse, y los que os aman no intentan retenerte y te estrechan calladamente la mano cuando uno ya está con un pie en el estribo de la diligencia. En efecto, ¿no es acaso necesario recorrer un poco el planeta en el que gravitamos a través de la inmensidad, hasta que el misterioso autor nos transporte a un mundo nuevo para hacer que leamos otra página de su obra infinita? ¿No es una pereza culpable deletrear siempre la misma palabra sin nunca volver la hoja? ¿A qué poeta le gustaría

ver que su lector tiene la mirada siempre fija en las mismas estrofas? De este modo cada año, a menos de estar uno clavado en el sitio por las necesidades más imperiosas, yo leo un país de este vasto universo que me parece menos grande a medida que lo recorro y que se desprende de las vagas cosmografías de la imaginación. Sin ir precisamente al Santo Sepulcro, a Santiago de Compostela, a La Meca, realizo una piadosa peregrinación a los lugares de la Tierra donde la belleza de sus parajes vuelve más visible a Dios; esta vez visitaré Turquía, Grecia y algo de este Asia helénica cuya hermosura en las formas se une a los esplendores orientales. Pero terminemos este breve prefacio (los menos largos son los mejores) y pongámonos en ruta sin más tardanza.

Si yo fuese un chino o un indio procedente de Nanking o de Calcuta, os describiría minuciosamente el camino de París a Marsella, el ferrocarril de Châlons, y el Saône, el Rhône y Avignon; pero todo esto lo conocéis tan bien como yo y, por otra parte, para viajar por un país hay que ser extranjero: la comparación de los diferentes productos los delata. ¿Cuántos de nosotros observaríamos que en Francia los hombres dan el brazo a las mujeres, particularidad que extraña a un habitante del Celeste Imperio? Supongamos pues, sin transición, que estoy en el puerto y que el *Leónidas* zarpa hacia Constantinopla. Se dibuja ya el Midi francés por un alegre sol que calienta las losas y hace piar a centenares de pájaros exóticos en las jaulas colocadas delante de dos mercaderes pajareros; los guacamayos dejan oír su mejor repertorio, los bengalíes aletean creyéndose en su hogar; los titís brincan con ligereza, se rascan las axilas, miran a la gente con sus ojos casi humanos y tienden amistosamente sus frescas manecitas a través de los barrotes, indiferentes aún a la tisis que les hará toser bajo el algodón de los fríos salones parisinos; hasta las melancólicas tortugas se mueven en su caparazón y se reaniman bajo este sol vivificante; en cuarenta horas he pasado de la lluvia torrencial a

un purísimo cielo azul. He dejado el invierno a mis espaldas y encuentro el verano ardiente y espléndido; voy a tomar un helado, idea que me hubiera hecho estremecer anteayer en el bulevar de Gand; entro en el café turco; esto me lo debo a mí mismo ya que marchó hacia Constantinopla; es un hermoso café a fe mía. Sin embargo, no hablaré de él, a pesar de sus lujosos espejos, sus dorados, sus columnas y sus arcos, con la encantadora sala del entresuelo decorado exclusivamente por pintores marseleses; es un museo local muy curioso y muy interesante. El maderamen está dividido en paneles que representan diversos temas abandonados a la fantasía del artista. Loubon, cuyos paisajes iluminados por un esplendente sol y los grandes rebaños caminando por terrenos de piedra pómez, ha admirado París, dejó en ese café su obra maestra: una *Bajada de búfalos* por un barranco en las cercanías de un poblado africano. La luz requema la tierra blanqueada sobre la cual se proyecta la sombra azulada de las bestias deformes que siguen la pendiente con actitudes forzadas, derrengadas, entrechocando sus rodillas patizambas, levantando sus morros babosos y lustrosos para husmear el aire tórrido; los retrasados son azuzados por el aguijón de un pastor salvaje, macilento y paliducho. Al fondo, las murallas de creta del poblado se destacan contra un fondo de cielo índigo, cerrando con firmeza el horizonte. Es libre, firme y franco. Decamps no lo mejoraría. El señor Brest, que expuso hace unos dos años en el Salón un hermoso bosque, ha pintado dos paisajes de colores seductores y de una deliciosa fantasía; un estanque en medio de un grupo de árboles exóticos reflejados en las adormecidas aguas, a cuyo borde se estacionan, sobre sus largas patas, los flamencos de alas rosadas, observando el paso de un pez o de una rana. Una avenida de un parque con un primer plano de arquitectura, una escalinata con columnas y balaustrada, por la que descenden unas damas y unos caballeros cuyos caballos sujetan sus respectivos lacayos. Para honrar la denominación del café, el señor Lagier ha representado a un turco





con el kif tras haber fumado opio o hachís, viendo danzar entre el humo azulado a un grupo de huríes infinitamente más seductoras que las del *Paraíso de Mahoma* y de Schopin. Hay asimismo una especie de *Conversación oriental* de Reynaud, con vestidos deslumbrantes y caprichosos, que transcurre delante de una muralla blanca medio tapada por un manto de verdor y de flores de un tono soberbio, junto con las marinas de un artista cuyo nombre desdichadamente no recuerdo, pero que son muy notables y podrían hacer buen papel al lado de Isabey, de Durand Brager, de Gudin y de Melby. El nombre que no recordaba al escribir la línea precedente me viene a la memoria no sé por qué: es Landais como se llama este hábil pintor. No debo olvidar dos paisajes de M. Maggy, sólidos de dibujo y robustos de tono, entremezclados con animales que no se negaría a firmar Palizzi. Sería muy deseable que esta galería marsellesa, perdida en un café, fuese litografiada y publicada. Este ejemplo de decoración inteligente debería ser imitada en París, donde se abusa un poco del lujo tonto de los espejos, los dorados y la madera.

Ustedes probablemente hayan leído los pasatiempos espirituales de Méry sobre la degradación de Marsella y la tristeza de sus fuentes que, a fuerza de monumentalidad, tratan de hacer olvidar que carecen de agua. Las obras de derivación del Durance se han completado y cada casa de campo ahora cuenta con un estanque y un caño de agua. Existe un gusto creciente por las cascadas, y Marsella se verá pronto rodeada por una multitud de Versalles, de Marly y Saint-Cloud en miniatura. En poco tiempo, me temo, estas hermosas tierras calcinadas por la luz, estas hermosas rocas del color del corcho y del pan tostado se cubrirán de vegetación y, para alegría de los propietarios, el verde espinaca habrá eliminado de modo terrible esta resplandeciente aridez.

Han levado anclas y las ruedas golpean el agua; ya hemos salido del puerto; costeamos el litoral escarpado, descarnado, pulverizado, semejante al del otro lado del Mediterráneo. Ignoro si

se ha observado, pero Marsella y su entorno son mucho más meridionales de lo que indica su latitud. Hay allí unos matices africanos de una aspereza tan cálida como en Argelia, y la fisonomía del Midi se dibuja de manera muy violenta. Comarcas situadas a dos o trescientas leguas más al sur tienen a menudo un aire más septentrional: esas roquedades abarrancadas, cuya base se hunde en un mar de un azul más subido de tono, a veces se abren y dejan divisar un pueblo lejano rodeado por sus casitas que salpican la campiña como mil puntos blancos.

Por todas partes se encuentran barcos de velas infladas dirigiéndose al puerto al que esperan llegar antes de que anochezca; luego, reina la soledad, las costas desaparecen en lontananza, se deja sentir la marejada de alta mar, y ya no se ven ni el cielo ni el agua. Algunos ligeros encrespamientos forman copos sobre el pasto azulino del mar. Un poeta antiguo habría visto en ellos los rebaños de Proteo. El sol, al que no acompaña ninguna nube, se hunde por occidente como una bola rojiza y parece humear cuando penetra en el agua. Llega la noche, noche sin luna; un rocío salino se abate sobre el puente y penetra los vestidos con su acre humedad; los cigarros caen lentamente en cenizas, aspirados por unos labios en los que el mareo reinará al primer cabeceo un poco fuerte. Los pasajeros descienden uno a uno y se acomodan como pueden en los cajones que sirven de lecho. Pese a estar acunado por las olas de forma más regular que niño alguno lo haya sido por su nodriza, nadie duerme mejor, y se tienen sueños extravagantes, cortados por la campana que *pica* las horas y marca el turno de guardia a los marineros.

Al alba todo el mundo está en pie; no hay otra cosa a la vista que este círculo de dos o tres leguas del que el barco es el centro, que se desplaza con él y que se ha convenido en llamar la inmensidad del mar y la imagen del infinito, aunque no sé por qué, pues el panorama que se vislumbra desde lo alto de la menor torre o de la montaña más ordinaria es cien veces más extenso.

Nace el día y a la izquierda el capitán señala una tierra, que es Córcega. No veo, ni siquiera con los prismáticos, más que una ligera bruma apenas discernible de los pálidos tintes del cielo matutino. El capitán estaba en lo cierto. El barco marcha; el vapor grisáceo se condensa, se reafirma; las ondulaciones montañosas se dibujan, se aclaran algunos puntos, unos toques amarillentos marcan las desnudas escarpaduras, las laderas negruzcas, los bosques y los prados cubiertos de vegetación. Allí al norte, hacia el cabo, debe estar la Isola-Rossa; más lejos, esa blancura gredosa que se confunde con la tierra es Ajaccio. Pero pasamos muy por alta mar, lo que me contraría mucho, para que sea posible observar ningún detalle. Así costeamos todo el día, a distancia, esta Córcega enérgica y salvaje, de costumbres poéticamente feroces, de venganzas eternas, que el progreso no tardará en hacer que se parezca a un arrabal de París, a un Pantin o un Batignolles. Tal vez sería oportuno colocar aquí una parrafada brillante sobre Napoleón, pero prefiero evitar estos lugares comunes y fáciles, y me limitaré a observar de paso la influencia que las islas han ejercido sobre el destino de ese héroe casi de fábula, y cuya leyenda hemos visto formarse y crecer ante nuestros ojos: una isla le vio nacer; caído, surge de otra isla y muere en una isla, matado por una isla; sale del mar y vuelve al mar. ¿Qué mito forjará el porvenir sobre este personaje cuando la fugitiva historia haya desaparecido dando lugar al poema eterno? Pero ya se perciben los siete frailes, escollos formados por rocas que, en efecto, parecen unos monjes encapuchados y colocados en fila, al acercarnos al estrecho que separa Córcega de Cerdeña del lado de Bonifacio.

Grecia a la que se conoce demasiado, Cerdeña a la que se ignora.

Un canal extremadamente estrecho divide a las dos islas, que visiblemente formaban una sola antes de los cataclismos diluvianos y las erupciones volcánicas; se divisa muy bien la ribera de

cada país; son dos colinas montañosas bastante escarpadas, pero sin mucho carácter; unas pocas casas de paredes amarillas, tejados de tejas, puntean la costa, que sin esto parecería desierta, pues no se descubre ninguna señal de cultivo; dos o tres barcas con velas latinas revolotean como gaviotas de un borde al otro.

En la costa de Cerdeña, nos indican lo que constituye la principal curiosidad del lugar: un extraño amontonamiento de rocas en lo alto de una colina que dibuja con gran exactitud, con sus ángulos y sus sinuosidades, la forma de un gigantesco oso blanco de los mares polares; se distingue, sin que resulte grato a la vista, como por un verdadero prodigio, detalladamente, el lomo, las patas, la cabeza alargada del animal; el porte, el paso, el color, no falta nada. A medida que nos aproximamos, se pierden los perfiles, se confunden las formas o se presentan bajo una perspectiva desfavorable. El oso se convierte en roca. Hemos franqueado el estrecho. Seguiremos en toda su longitud el litoral de Cerdeña que mira hacia Italia, igual que durante el día hemos seguido la costa de Córcega que mira a Francia. Por desgracia viene la noche y nos veremos privados de este espectáculo; Cerdeña pasará cerca de nosotros como un sueño en la sombra. No conozco nada más enojoso que cruzar de noche un lugar que hace tiempo se desea contemplar. Estas desdichas suelen ocurrir frecuentemente ahora que el viajero es solo el accesorio del viaje, y que el hombre está sometido como un objeto inerte al medio de transporte.

Al despertar, el mar desierto muestra un azul fuerte que hace que el cielo resulte pálido por contraste. Unas marsopas juegan en la estela del barco, nadando con una rapidez que supera al vapor y parecen desafiarlo; se persiguen, saltan unas sobre las otras y se revuelcan en la espuma de la proa; luego, se quedan detrás y desaparecen tras algunas cabriolas. A izquierda del barco, a cierta distancia, vemos un pez enorme de color plumizo, armado de una aleta dorsal natatoria de color negruzco y puntiaguda como un aguijón. Se sumerge y no vuelve a aparecer; estos son, junto a

la aparición de tres o cuatro veleros que siguen su rumbo en diversos sentidos, los únicos acontecimientos del día. El tiempo es bastante fresco; izan las velas de foque y de mesana, que aceleran nuestra marcha en algunos nudos. Por la tarde se divisa el cabo Marítimo, uno de los cabos de esta isla que los antiguos llamaban Trinacria por su forma, y que ahora llamamos Sicilia. También pasaremos a oscuras a lo largo de esta costa antigua y pintoresca, pero mañana llegaremos a Malta de día.

Hacia las dos, bajo una franja de nubes rayadas, vislumbro una estría algo más opaca: es la isla de Gozo. Muy pronto se recorta con más claridad su silueta. Inmensos acantilados a pico, al pie de los cuales el mar se arremolina tumultuosamente, se elevan del seno de las aguas como la cumbre de una montaña sumergida por la base; se dice que estas grandes rocas blancas pueden seguirse con la mirada desde varios centenares de palmos bajo la transparencia del azul que las baña, lo que causa un efecto bastante terrible a los que las rozan casi con una frágil barca, dando hasta cierto punto el estiaje del abismo. A lo largo de estas escarpaduras alzadas como murallas de fortaleza, los pescadores colgados de una cuerda, al estilo de los italianos que enjalbegan las fachadas de sus casas, arrojan los sedales y atrapan peces. La rotura de una cuerda, un nudo mal hecho, los precipitaría como muñecos rotos al fondo del abismo. Avanzamos; unas ondulaciones menos abruptas permiten algunos cultivos; pequeñas tapias de piedra, que de lejos parecen surcos trazados con tinta sobre un plano topográfico, encierran y separan los campos; las nubes han desaparecido y un hermoso color cálido y dorado reviste los terrenos con un manto de oro. Una pila de panes de blanco de España, sobre la cual se redondean algunas cúpulas, polvorean al sol cegador en lo alto de una colina o, mejor, de una montaña. Es Gozo, la capital de la isla. Las curiosidades de Gozo son las cavernas excavadas al borde del mar, a la entrada de las cuales revolotean bandadas de aves acuáticas que allí hacen sus nidos; un escollo en el que crece una especie de

seta local, muy apreciada; y la salina del Relojero, raro fenómeno hidráulico, del que sigue una breve explicación. Un relojero maltés que tuvo la idea de formar salinas por el lado de Zebug, donde poseía unas tierras cerca de la costa, hizo excavar la roca para que se evaporase el agua salada; pero habiendo minado la obra el furioso mar, surgió por ese pozo como una tromba o como uno de esos volcanes de agua de Islandia, a una altura de más de cincuenta palmos, y estuvo a punto de inundar toda la comarca. Taparon a duras penas la abertura y de vez en cuando el volcán marino hacía ensayos de erupción. No vi la salina del Relojero. Simplemente repito lo que me contaron.

Gozo y Malta están situadas exactamente como Córcega y Cerdeña; las separa un estrecho y en los tiempos primitivos debían formar una sola isla. El aspecto de las costas de Malta es parecido al de las costas de la isla de Gozo, siendo la continuación evidente de las mismas rocas, los mismos terrenos, pues las estratificaciones geológicas se persiguen de una isla a otra.

El clima ha cambiado desde la víspera. Se deja sentir el sople cálido de la cercana África. Malta produce naranjas; prosperan en ella las chumberas y los aloes; empiezan a divisarse las fortificaciones de la ciudad de La Valetta que señalan dos molinos de viento en forma de torres con ocho aspas que mueven la noria, disposición extraña y común a todo el Oriente, que merecería que Hoguet, el Rafael de los molinos de viento, viajase allí adrede, pues hasta tal punto les prestan una fisonomía original esas aspas multiplicadas como los radios de una rueda sin llantas. El agua de azul se torna verde por la proximidad de la tierra; doblamos el cabo Dragut. El vapor da media vuelta y penetra en la garganta del puerto, pasando entre el castillo de San Telmo y el fuerte Ricazoli.

Las fortificaciones, con sus ángulos exactos y sus aristas agudas, alumbradas por una luz espléndida, se perfilan casi geométricamente entre el azul vivo del cielo y el verde crudo del mar.